

Jesús de Nazaret

Mesías Antimesiánico

Las relaciones cristianas, según el mesianismo de Jesús, son horizontales y mutuas, tendentes a que el pueblo se ponga en pie y sea sujeto personalizado, cualificado, responsable.

PEDRO TRIGO

Arias rompió con Chávez acusándolo de populismo mesiánico. Él, a su vez, parecería haberse deslizado hacia el otro polo: representante del estilo personal, las emociones y los intereses de los estratos medios y altos. En estos dos estereotipos está representada nuestra tragedia ya que ninguna de las dos direcciones es capaz de sacarnos del atolladero en que nos encontramos. Es cierto que se había abandonado al pueblo, tanto en el presupuesto del Estado, como en el imaginario y la ideología dominante, y en los planes de la empresa privada. Por eso el pueblo se fue con Chávez: no tenía otra alternativa. Chávez lo ha aglutinado en torno a sí; pero no da indicios de que sea capaz de conducirlo hacia un mayor desarrollo humano.

Uno de los elementos de esta trama es el mesianismo. En este artículo vamos a referirnos a él en el aspecto preciso de cómo lo asume Jesús y por tanto cómo debe asumirlo quien quiera vivir como cristiano.

Concepto sociológico y bíblico de mesianismo

El mesianismo es actualmente un concepto sociológico y político, aunque su origen es religioso. En las ciencias sociales significa una propuesta de sentido y de felicidad para un grupo humano que se siente sobrecargado, humillado, ofendido y desalentado; esta propuesta está personificada en un líder carismático con el que el grupo se siente identificado. Dicho de otro modo, mesianismo es la propuesta de realización repentina y colmada de los deseos ancestrales de felicidad absoluta por obra de un hombre providencial, dotado de poderes sobrehumanos, que se impondrá sobre los poderosos opresores e instaurará una edad de oro.

Elementos fundamentales del mesianismo serían ante todo: el horizonte de felicidad, sentido y plenitud; en segundo lugar, el destinatario, que sería un pueblo homogéneo, sin fisuras, que se entendería como una gran familia; en tercer lugar, el dador: el líder carismático, el Mesías, una especie de superhombre, tanto por su capacidad de personificar a todo el pueblo y así comprenderlo y dirigirlo, cuanto por su poder para derrotar a los que causan el sin sentido y la postración del pueblo; en cuarto lugar, el método: el Mesías conduce al pueblo a la felicidad y a la dignidad por el camino de la lucha sin cuartel contra los enemigos, lucha que acaba en la derrota completa de éstos.

Decíamos que el mesianismo tiene un origen religioso. Mesías es una palabra aramea que deriva de otra hebrea. Textualmente significa ungido. El Mesías es así el ungido por el Espíritu de Dios para liberar a su pueblo. Así lo fueron, por ejemplo, Saúl, David, Salomón o Yehú (1 Samuel 10, 1; 16, 1. 13; 1 Reyes 1, 38-40; 2 Reyes 9, 1-13; Salmo 20, 7-10). La monarquía en Israel es concebida no como las monarquías orientales, en las que el rey era señor y los ciudadanos súbditos, sino como la institución que garantizaba el cumplimiento de la alianza entre Dios y su pueblo cuyos pilares eran la felicidad con Dios y el derecho y la justicia entre los miembros del pueblo de Dios. Sin embargo, fuera de casos excepcionales como Ezequías y Josías, la monarquía no estuvo a la altura de su misión. Los profetas interpretaron el fin del reino de Israel y posteriormente de Judá como la consecuencia del abandono de la alianza. Por eso, tras el exilio, se instauró un régimen hierocrático, basado en la observancia estricta de la ley. Sin embargo, ni la nación consiguió la independencia política ni en su interior reinó la justicia y la misericordia.

Por eso en tiempos de Jesús muchos israelitas esperaban a un Libertador venido de parte de Dios, como lo fue Moisés. Aunque el modelo para el pueblo era el rey David. Él era el ungido por excelencia. Una característica de la fe del pueblo judío es que los infortunios, en vez de matar la esperanza, la elevaban a metas cada vez más altas. Así, en tiempos de Jesús, muchos esperaban no a un ungido más sino a un personaje que lograría una salvación definitiva, en doble sentido: colmaría todas las aspiraciones y duraría por siempre. Esta figura es el Mesías. Esta figura estaba ligada en el imaginario popular a los oráculos de los profetas. En tiempos adversos ellos habían alimentado la esperanza de que Dios volvería por su pueblo y les enviaría un salvador definitivo. Así se fue alumbrando en la imaginación colectiva la figura del Mesías y el deseo ardiente de su venida. Estos serían los oráculos más famosos al respecto: Isaías 2, 2-4; 9, 1-6; 11, 1-9; Miqueas 5, 1-5; Jeremías 23, 5-8; 33, 14-16; Ezequiel 34, 22-30; 37, 21-28; Malaquías 3, 1-5; Zacarías 9, 9-15; Daniel 7, 13-14. 27.

No todos los que esperaban al Mesías lo concebían del mismo modo; así como son diversos y no fácilmente componibles los rasgos de él que aparecen en los distintos oráculos proféticos. Sin embargo, para el pueblo había algunos rasgos que eran típicamente mesiánicos. El primero, obviamente, su carácter religioso: se trata sin lugar a dudas del ungido por el Espíritu divino. El segundo, su relación con la liberación del pueblo, aunque ésta era concebida de una manera diversa según se entendiera por pueblo a los de abajo o a toda la nación. El tercero, se refiere al modo de esta liberación que en todo caso era un modo sobrenatural, bien a base de prodigios aplastantes, bien por la

violencia incontrastable. El cuarto rasgo tiene que ver con el estado resultante de la intervención del Mesías: el reino de los santos de Dios era para unos el dominio sin término de los israelitas sobre todos los demás, en tanto para otros esta teocracia incluía también una purificación que santificara al pueblo de Dios.

Jesús murió acusado de Mesías y sus discípulos lo tuvieron por tal

Es un dato histórico incontrastable que Jesús murió ajusticiado por el representante oficial del imperio romano bajo la acusación de Mesías político. También es un dato fidedigno que fueron las autoridades judías quienes lo entregaron al imperio. La acusación por la que habrían decidido llevarlo ante el tribunal sería la de falso profeta que aparta al pueblo de la alianza y lo extravía. En el mismo pasaje en el que Moisés anuncia que Dios enviará a un caudillo como él, el Profeta advierte que debe morir el que se presente en nombre de Dios diciendo al pueblo lo que Dios no le ha mandado decir (Deuteronomio 18, 13-20; 13).

Si Jesús fue esa figura, "el rey de los judíos", ajusticiado por el imperio, eso significaría que murió como Mesías fracasado: abandonado por sus partidarios y vencido por sus enemigos. Si no fue esa figura, su condena como Mesías ¿fue una equivocación?

Es claro que los discípulos reconocieron en Jesús al Mesías; tanto es así que bien pronto fueron llamados mesiánicos. Así lo narran los Hechos de los apóstoles (11, 19-26): los discípulos de Antioquía provenientes del paganismo al reconocer a Jesús dejaron sus religiones. Como no tomaron la religión judía, no se sabía qué eran religiosamente hablando. Pero, como se

la pasaban hablando del Mesías, los llamaron mesiánicos. Mesías en griego se dice Cristo y por eso los llamaron cristianos. Y mesiánicos, es decir cristianos, seguimos llamándonos nosotros mismos hasta el día de hoy. Hoy muchos cristianos no saben lo que significa ese apelativo y en cuanto al contenido, no parece que ellos tengan actitudes mesiánicas; más bien se parecen, sobre todo los miembros de la institución eclesiástica y sus allegados clericalizados, a los maestros de la ley y a los sacerdotes que condenaron a Jesús. Se parecen a ellos por su talante de gente de orden y por su celo por la ley, en la que se incluye el derecho canónico como antes la Mishná. Pero si la primera generación de discípulos llamaron a Jesús Mesías, tanto que Cristo pasó a ser su nombre propio, y si ellos aceptaron para sí el nombre que les dieron de cristianos, es que sí reconocían a Jesús como el Mesías y a ellos mismos como el pueblo mesiánico.

Entonces ¿hay que concluir que Jesús fue "el rey de los judíos"? Parece indudable que no pocos de sus discípulos siguieron a Jesús porque lo reconocieron como Mesías. Así lo recalca con insistencia el cuarto evangelio (Juan 1, 41. 45. 49). Los sinópticos subrayan que, al preguntarles Jesús por quien lo tenían, Pedro habría respondido en nombre de todos que era el Mesías (Marcos 8, 29). Por eso Lucas expresa la decepción de los discípulos tras la muerte en cruz de Jesús en clave mesiánica: él fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Pero los jefes lo asesinaron, aunque ellos esperaban que él iba a liberar a Israel (24, 19-21). Lo último que aparece en boca de los discípulos dirigido a Jesús tiene que ver con la restauración mesiánica: "¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?" (Hechos 1, 6).

Este es el bien mesiánico que trae Jesús: la vida y el mundo fraterno de los hijos de Dios.

El pueblo mesiánico no sacraliza ninguna magnitud cultural e histórica, como son la nación y la patria

Rasgos del mesianismo de Jesús

Así pues los discípulos, como gran parte del pueblo, siguieron a Jesús porque vieron en él al Mesías que esperaban. Y el propio Jesús ¿qué pensaba de sí?. En primer lugar hay que decir que él ni se llama Mesías ni acepta que hablen de su mesianismo. Esto se puede interpretar de dos modos: o que no se tenía por Mesías o que su idea de Mesías no coincidía con la ambiental. Esta última interpretación quedaría avalada porque tanto Marcos (14, 61-62) como Juan (18, 33-37) sí ponen en boca de Jesús la afirmación de la realeza mesiánica, pero en la pasión, cuando ya no son posibles los equívocos triunfalistas, cuando más bien la proclamación suena a sarcasmo.

Según los indicios que Jesús da de sí, ¿qué pensar de su mesianismo?, en primer lugar hay que asentar que Jesús se tiene a sí mismo y es tenido por los evangelistas como el Ungido por antonomasia. La unción o su experiencia y manifestación se liga al bautismo (Marcos 1, 10; Juan 1, 32-34). Lucas subraya que el Espíritu lo unge como Mesías de los pobres para restaurar su vida disminuida y liberarlos (4, 17-21). La fuente común a Mateo y Lucas precisa en un lugar muy relevante que Jesús libera a la gente de los poderes que la esclavizan por el Espíritu de Dios (Mateo 12, 28-29). Pero hay que destacar que, a diferencia de los demás ungidos, a Jesús no lo unge ningún ser humano. Jesús es ungido por Dios y esa unción es tan plena que totaliza su vida, que lo define. Por eso los evangelios de la infancia subrayan que su concepción es obra del Espíritu (Mateo 1, 18, 20; Lucas 1, 35), expresando así genéticamente que Jesús es del Espíritu o, como dice Juan, que Dios le dio el Espíritu sin medida (3, 34). Más aún, Jesús es tan dueño del Espíritu que, como Dios y de su parte, tiene poder para entregarlo. El Espíritu es su último don, su don definitivo. Jesús a lo largo de su vida nos había dado de sí. Al morir, es decir, al ser acogido por Dios y resucitado por él, nos entrega la fuente de su entrega para que también nosotros podamos entregar esa vida fraterna de los hijos de Dios, prosiguiendo su misión (Juan 19, 30; 20, 21-22).

Una segunda característica del mesianismo de Jesús es que sus destinatarios son los miembros del pueblo de Dios, no la patria ni la nación. La nación, representada sobre todo por sus instituciones (el Templo, la Torá, el Sanedrín, la sinagoga) era un concepto completamente sacralizado. Sin embargo, no lo es para Jesús. Como para él lo sagrado son las personas, las instituciones son para las personas y por tanto, su legitimidad es meramente funcional: en tanto ayuden a su crecimiento (Marcos 2, 27; Juan 4, 20-24; Mateo 5, 20-48; Lucas 13, 10-17). Él se dirige a todos, no excluye a nadie. Por eso sus destinatarios predilectos son los excluidos: pobres, enfermos, oprimidos, despreciados como pecadores públicos (Lucas 4, 18; 7, 22; Mateo 9, 36; 11, 28-30; 15, 29-31; Marcos 2, 17; Lucas 15). Por eso él viene a proclamar el año de gracia, el perdón de las deudas, la libertad de los esclavos, la amnistía total y voluntaria (Lucas 4, 19), la conversión, que se traduce en una vida regida por la fidelidad, la justicia y la misericordia (Mateo 9, 13; 12, 7; 23, 23).

El tercer punto decisivo es su modo de salvar. Compone una secuencia: en primer lugar, carga con la gente, con las enfermedades y pecados (Mateo 9, 16-17; 12, 15-21; Juan 1, 29); en segundo lugar, estimula las mejores energías de las personas para que ellas sean no sólo destinatarios de la salvación sino sujetos de la misma: él es el que siembra la fe que salva (Marcos 4, 3-20; 5, 34; 10, 52; Mateo 8, 13; 9, 2. 28. 29; 15, 28; Lucas 17, 19; 7, 50). Por eso el resultado de la relación con Jesús de ese gentío que estaba postrado es que se ponen en pie como pueblo convocado y movilizado. El vigor que el pueblo asume al contacto con Jesús es tan firme que ellos serán el escudo humano que lo defenderá hasta el final. Los evangelistas subrayan reiteradamente que los jefes no se atreven a poner la mano en Jesús por temor a la gente (Marcos 11, 18; 12, 12; 14, 1-2; Juan 12, 19; 7, 32. 45-49). El tercer paso de la secuencia es que Jesús cree tanto en la gente que les pide que le ayuden a llevar la carga de todos (Mateo 11, 2-30). Hasta tal punto activa las energías de la gente y la llama a la responsabilidad. Pero no sólo eso; Jesús, el que carga

con la gente y le entrega los bienes mesiánicos, también se pone en manos de ellos, de tal manera que ellos son para Jesús los representantes de la providencia de Dios. Jesús, pobre profeta itinerante que enriquece a la gente con su pobreza (2Corintios 8, 9), se hospeda en sus casas y come lo que le dan. De este modo, en base a esta reciprocidad de dones, instaura Jesús la fraternidad de los hijos de Dios.

Mesianismo antimesiánico de Jesús

Ése es en resumen el bien mesiánico que trae Jesús: la vida y el mundo fraterno de los hijos de Dios. Para Jesús es claro que el modo de producción determina el producto. No puede instaurarse la fraternidad propugnando unas relaciones verticales y unidireccionales en las que el líder tenga todos los poderes y virtualidades, y el pueblo quede satelitizado en torno a él, simples ejecutantes de lo que él dispone en nombre de ellos. No se obtiene fraternidad excluyendo, excomulgando, demonizando a todo el que no piensa como el líder. La fraternidad nunca saldrá de la imposición, del uso de la violencia. Por eso Jesús insiste que él no es como los dirigentes políticos ya que él no tiene ejército y no usa de la fuerza, porque ni siquiera quiere imponerse (Juan 18, 33-37). Él no dice "por las buenas o por las malas". Él propone horizontes y clarifica qué caminos conducen a ellos y cuáles no; él pone muy a la vista las dificultades ambientales e internas para entrar por esos caminos, y se brinda a colaborar con la responsabilidad del que quiera en verdad caminar hacia esos horizontes. Él da fuerzas, anima, ayuda, va delante abriendo paso y dando la mano. Pero no sustituye sino que, por el contrario, reta a que cada quien asuma su responsabilidad. No sólo eso, él pide también a cada uno que ayude a llevar la carga de los otros. Más aún, él mismo se presenta como ser de necesidades que debe ser ayudado por los demás a satisfacerlas.

Esta figura es absolutamente antimesiánica. Jesús es sin duda una persona libre, con autoridad, carismática. Pero no una persona autárquica que se traga a todos y decide por todos, sino alguien que vive en relaciones

horizontales y mutuas, que aspira a que los demás hagan las mismas cosas que él y aún mayores, y que para eso busca que crezcan, que se responsabilicen, que tengan fe, fe en Dios, en él y en ellos mismos.

La seriedad con que asume Jesús este mesianismo antimesiánico llega a su máxima expresión en la pasión. En primer lugar ahí, en la hora de la verdad, se ve la radicalidad de su rechazo a imponerse sobre nadie. Jesús no se pone por las malas nunca: eso no pertenece a su misión ni a su ser. Pero en segundo lugar no muere como víctima, no asume el papel que le quieren hacer representar sus enemigos. En la pasión reluce sobre todo la autoridad de Jesús, su soberana libertad. Una libertad que lo capacita para morir no matado sino entregando su vida (Juan 10, 17-18), entregándola no sólo por y para su pueblo sino incluso en favor de quienes lo asesinaban. Más aún, en la cruz reluce la libertad de Jesús frente a Dios, respuesta de la libertad de Dios respecto a él: muere echándose en los brazos de Dios en el mismo momento en que experimenta su abandono. Muere, pues, de fe. Y así se consume como Ungido porque donde está el Espíritu ahí hay libertad (2Corintios 3, 17). Por eso su supremo acto de libertad, la otra cara de dar por nosotros el último aliento, es entregarnos ese Espíritu, conjuntamente de Dios y suyo, para que hagamos nosotros lo mismo (Juan 13, 15; 1Corintios 11, 24).

Ser mesiánico, es decir cristiano, hoy

¿Qué dice el mesianismo de Jesús a nuestra situación?. Primero, que no es cristiano, es decir mesiánico, el que no se deja llevar por el Espíritu que mueve a cada ser humano desde más adentro que lo íntimo suyo (Romanos 8, 14). Uno no tiene que vivir del ambiente, como una caña que se inclina según sople el viento (Lucas 7, 24), ni tampoco siguiendo su propio impulso (Marcos 8, 34-35) sino obedeciendo a la moción interna y personalizada del Espíritu. Ésa es la existencia auténtica y trascendente, la que da fruto. Segundo, que no es cristiano quien no tenga una referencia fundamental a los pobres y excluidos; no basta con no excluirlos, es

preciso enrumbar la vida hacia ellos, hacia que tengan vida. Tercero, que no es cristiano quien entabla con los pobres relaciones verticales y unidireccionales; quien da desde arriba, es decir el bienhechor, que es para Jesús un opresor (Lucas 22, 25). Las relaciones cristianas, o sea según el mesianismo de Jesús, son horizontales y mutuas, tendentes a que el pueblo se ponga en pie y sea sujeto personalizado, cualificado, responsable. En cuarto lugar, un cristiano no es una persona autárquica sino que recibe agradecido de aquéllos a los que da gratuitamente, y así se hace hermano de ellos y fomenta el mundo fraterno de los hijos de Dios. En quinto lugar, el pueblo mesiánico no sacraliza ninguna magnitud cultural e histórica, como son la nación y la patria; sólo reconoce como sagradas a las personas, a todas las personas de todas las patrias, empezando por los pobres de su tierra y de toda la tierra. Y finalmente, el cristiano no se impone sobre nadie, sólo propone, alienta, trata de convencer, asume, se entrega: vence al mal a fuerza de bien. Podrá aceptar la fuerza como un mal menor por nuestra dureza de corazón (Marcos 10, 5), por nuestro escaso desarrollo personal (que nada tiene que ver con el desarrollo científico-técnico); pero tratará de minimizarla y priorizará la palabra, la negociación, la presión moral...

Pero todo esto con la esperanza incommovible de que Jesús está vivo y nos atrae hacia él, hacia su existencia plena, cuando sea descorrido el velo que impide que los pueblos se reconozcan entre sí, cuando la tierra esté llena del conocimiento de Dios y la muerte haya sido vencida y todos seamos inmediatos a todos y nos reconozcamos como hermanos y Dios sea todo en todos (Isaías 25, 6-9; Apocalipsis 21, 1-5; 22, 1-5; 1Corintios 15, 22-28). Éste es nuestro horizonte mesiánico, nuestra esperanza.

PEDRO TRIGO

Teólogo. Director del Centro Gumilla